

LO QUE LOS MAYORES Y EL MUNDO DICEN A LA NIÑA

Lo convencional y lo no convencional

En el caso de la educación femenina, si bien los contenidos de fondo sobreviven a las épocas, la visible superposición y enorme contradicción de imágenes y valores que se dan en la actualidad sean, quizá, lo más sobresaliente.

Como anunciara en el capítulo anterior, a efectos de emular la manera en que los niños reciben información sobre sí mismos y sobre los demás, he cuidado de sostener algo del impacto y desprolijidad con que esto tiene lugar.

El origen y los “por qué” de todo faltante o valoración que pueda parecer arbitraria serán expuestos y analizados en futuros capítulos.

Lo convencional

Quien haya vivido una situación parecida a la que usara como primer ejemplo en el capítulo “Lo que los mayores y el mundo dicen al varón”, habrá notado que cuando se trata de salir a la calle con la hija y no con el hijo, el padre está normalmente mejor dispuesto a aceptar una demora que suponga un mayor cuidado respecto de la salud y apariencia de la niña, y aunque de todos modos no se prive de mostrarse impaciente, un gesto cómplice de él hacia ella es bastante improbable y, de hacerlo, este nunca será tan significativo como el que, ante la misma circunstancia, dedicaría a su hijo varón.

La madre, en cambio, esta vez sí tomará cartas en el asunto, y a través de halagos compuestos por palabras y mímica muy particular no usadas con un hijo varón, le “dice” a su hija que la impaciencia del padre se debe a que él no entiende cuán importante es para una niña el hecho de salir a la calle.

Inmediatamente, esto genera entre ellas una sencilla y sana complicidad cuyo mensaje en bruto diría algo así: “Los hombres no saben de nosotras las mujeres”.

De tal modo, tanto en este como en muchos otros pequeños sucesos de la vida diaria puede verse con qué simplicidad comienzan a circunscribirse áreas relativas a la identidad de lo femenino.

Sin ir más lejos, cuando en otra oportunidad el padre la eleva en el aire y la suelta para volverla a tomar antes de que toque el suelo, ella está aprendiendo que los hombres, aparte de ser más corpulentos, disponen de mucha fuerza y destreza física, sobre todo cuando aprecian que la madre ya no es, o nunca fue, capaz de tal demostración.

En paralelo con el aprendizaje que implican las circunstancias citadas y como parte de la educación de la niña nos encontramos también con una serie de mensajes y sutilezas “encaminadoras”; recomendaciones, advertencias y exigencias hechas con total premeditación, aunque, por cierto y a mi entender, demasiado a menudo fuertes y alevosas en exceso.

Temprano se le advierte que los varones son muy groseros en sus juegos y que la pueden lastimar; lo cual, aunque contenga mucho de verdad y conscientemente no conlleve un doble mensaje, logra que, desde muy pequeña y por primera vez, la niña asocie su condición con debilidad y lo masculino con posible amenaza, lo que además da a entender que el ser grosero y rudo es masculino y aceptable en el mundo del varón, para -por oposición -, subrayar cómo es que las chicas no deben comportarse.

Luego de varios llamados de atención por el estilo y en consideración al mundo que la rodea, poco a poco ella irá identificando al varón con un terreno de intereses, códigos y comportamientos por donde no es aconsejable, no está bien visto ni tiene sentido transitar, lo que por extensión significa apartarse, desinteresarse; comprender que no compete con él.

Al respecto, y llegada a la mayoría de edad, por muchos motivos y asociaciones ligadas tanto a su naturaleza como a lo cultural de lo femenino, lo cierto es que, aunque lo intente y esté decidida a hacerlo, no podrá sentirse respaldada ni cómoda compitiendo con hombres.

Como ejemplo curioso y por lo fácil que resulta de visualizar podría poner el caso de las secretarías, ya que es justamente esa disposición a no competir lo que a muchas mujeres les ha asegurado puestos que antiguamente estaban en manos masculinas.

Las secretarías que trabajan para hombres rara vez desconocen o están dispuestas a boicotear la autoridad de su superior en la esperanza de llegar a ocupar su cargo, mientras que los hombres sí lo piensan,

hacen o intentan porque en un jefe no ven simplemente a alguien con mayor jerarquía sino también, y ante todo, a un competidor (un igual), un individuo (macho) a quien normalmente ellos siempre se sentirán con derecho a sustituir.

(2)

Desde otro lugar, una diferencia bien marcada en el cuidado y adorno del cabello también le indican a la niña su pertenencia al género femenino, y es que para la mujer, y desde su primera infancia, el cabello ocupa un lugar de tal relevancia que bien puede entenderse como una suerte de indumentaria más.

Tan asociada está esa parte del cuerpo a la identidad misma de la mujer, a su feminidad y atractivo, que luego de la Segunda Guerra Mundial, a modo de desvalorización, identificación y descalificación social, uno de los castigos que se aplicaba a aquellas que habían colaborado con el régimen nazi era, justamente, cortarles el cabello al rape.

(3)

Durante su educación es común observar que la madre y el padre acostumbran a reprender o castigar a la niña usando otro vocabulario, otro tono de voz, otras posturas físicas, otro tipo de criterio y sanciones. Comportamientos, actitudes y usos que al varón se le perdonan, a ella no, y viceversa.

La limpieza, al igual que el orden y la prolijidad son algunos lugares comunes en su educación, y junto a toda una galería de mensajes diversos que tienden a consolidar su identidad dentro del mundo femenino, sobresalen ciertos automatismos maternos de particular persistencia, relacionados con su genitalidad.

Por crudo que sea, y aunque -según pienso- se trata no solo de salud o higiene sino también de que no integren a la normalidad de sus vidas el placer que pueden sentir al tocarse la vulva o el clítoris -por ser la única referencia de relevancia a la hora de prohibir el cuerpo-, la idea que finalmente se impone es que los genitales de la mujer son algo que por regla general siempre está sucio y que huele mal (algo desagradable).

Para tomar nota de ello alcanza con observar la singular preocupación de muchas madres por que las niñas revisen y tengan bien limpia su ropa interior, a lo que se agrega el hecho de que casi en ninguna circunstancia les está permitido que toquen su sexo sin que

inmediatamente deban lavarse las manos.

El repudio al mal olor, a la suciedad y a lo asqueroso asociado a los genitales femeninos es con frecuencia algo tan consecuente durante la infancia que suele quedar fuertemente fijado en la conciencia de la mujer adulta; algo que puede llegar a condicionar tan duramente su sensibilidad y comportamiento sexual que, a veces, y solo por ello, renunciará a tocarse en procura de placer (masturbarse) o sentirá verdadera incomodidad, sorpresa y hasta repugnancia frente a ciertos -y para ella incomprensibles- apetitos de su pareja.

Es así que, en línea con aquellas recomendaciones y cuidados de todo orden que acompañaron sus primeros años, se ve justificado el que ella preste meticulosa y hasta -no pocas veces- “paranoica” atención a la higiene vulvo-vaginal; algo particularmente visible durante el tiempo que dura el ciclo menstrual.

Dicha preocupación se refleja en el gran despliegue que hacen la industria y el comercio, emprendimientos que no escatiman esfuerzos para potenciar cualquier inseguridad femenina en función de vender productos de la más variada índole.

Con “*esfuerzos*” me refiero a la contratación de consultoras y agencias de publicidad dedicadas a lo que se conoce como técnicas de venta profesionalizada (mercadotecnia/marketing); empresas que se valen de estrategias diseñadas por estudiosos de la psicología y la sociología en razón de aprovechar con total desparpajo la idiosincrasia de estos fantasmas de la psiquis femenina y, así, elevar la venta de algún artículo o bien introducir un producto nuevo en el mercado.

Corroborando el poder que en algunos casos puede llegar a ejercer la educación es dable observar que, ante la comprensible aprensión que produce en la mujer la aparición del ciclo menstrual, y durante el tiempo que dura, muchas de ellas -y como si con esto quisieran compensar una momentánea y ya asumida “imperfección”-, aparte de maquillarse más de lo habitual y/o vestirse mejor o de manera diferente que de costumbre, utilizan más perfume o fragancias más intensas en un intento por que -al menos- el mal olor que ellas piensan que todos podrían notar pase inadvertido.

Al punto resulta interesante llamar la atención sobre el hecho de que el varón jamás debe sufrir comentarios o indicaciones que relacionen su sexualidad con suciedad o un olor desagradable (el que muchas madres modernas les obliguen a lavarse las manos luego de orinar es una muestra de lo devaluada que se encuentra la imagen paterna).

Al margen de que existe una razón natural por la que la hembra

deba poseer una especial sensibilidad olfativa -reconocimiento de la cría- quisiera señalar que, a raíz de todas estas enseñanzas, advertencias y demás aprendizajes relacionados con el apercebimiento e identificación de aromas y olores, la mujer normalmente dispone de un muy adiestrado sentido del olfato, al que aplica en su vida diaria con una naturalidad y seguridad que suele sorprender.

(4)

La vestimenta también es para la niña algo especial, motivador de todo tipo de asociaciones y adjetivaciones no usadas con un niño; palabras tales como “hermosa”, “bella”, “divina”, “bonita”, “encantadora”, etc., lo que contrasta abiertamente con el hecho de que la indumentaria masculina infantil y el varón mismo no merecen una atención tan particular respecto de su elegancia o atractivo (en él se resaltan y premian la inteligencia, la fuerza, el coraje, la velocidad y la destreza).

Incitada de esta manera, la importancia que para la conciencia de la niña reviste su atuendo llega a ser tal que no puede sustraerse a ello y, guiada por sus mayores, poco a poco irá tomando a ciertas personas, personajes, situaciones y entornos como referentes de lo mejor y lo peor, de lo deseable, admisible, conveniente, etc. (modelos).

Asociado todo a una crítica de carácter educativo, el cambio y combinación adecuados de una u otra prenda le indican el valor social intrínseco de la vestimenta con la cual, llegado el momento, habrá de destacar su persona. Luego podrá particularizarse aún más mediante el uso de adornos, maquillaje y perfumes; todo ello complementado adecuadamente con gestos, miradas y posturas acordes a la imagen que pretenda dar de sí misma.

Así, diaria y permanentemente aprende a compararse y competir en un casi solitario marco de frivolidad y autocomplacencia sostenido por una actitud propiciatoria de los adultos (adulación).

Esto último es muy importante de destacar porque permite que, en cuanto a su apariencia, la niña sea consciente del peso de la opinión pública (mucho más allá de la representada por sus familiares).

Por esta razón, sin siquiera advertirlo, ella ejercita y afina a diario su capacidad para evaluar gestos, apreciaciones y actitudes de terceros, acción que agudiza su percepción sobre el trasfondo de diversos comportamientos, imágenes y discursos.

En suma, tanto pública como políticamente aprende a manejarse antes y con mucho más propiedad que el varón, mientras -en medio

de su inocencia infantil- paralela y silenciosamente es llevada a desarrollar la astucia, la demagogia y la intriga en el diario contacto con los demás.

De esta forma, lo que alguna vez comienza como una sencilla y normal preocupación sobre su aspecto de todos los días termina, en desmedro de muchos otros intereses posibles, convirtiéndose en el aprendizaje de una técnica depurada del disfraz y la actuación (aparentar, fingir).

A partir de ello, tanto su vestimenta como todo lo que pueda usar para destacarse estará de acuerdo con la imagen por la que quiera ser identificada y con el personaje que al momento se haya propuesto representar... y lo hará bien.

Es durante la pubertad cuando la joven comienza a definirse como individuo, y dicha definición comienza -y casi siempre termina- con su aspecto (el “baño” hormonal que induce la pubertad hace que las jóvenes se preocupen, esencialmente, por ser sexualmente atractivas).

(5)

En la candidez de sus apreciaciones sobre la vida de todos los días fuera de su casa, colgada en la simbología que transmiten algunas imágenes, la niña aprende también que los hombres pueden protegerlas, que ocupan posiciones importantes y que están relacionados con el poder y con el hacer.

Entre los muchos ejemplos que podrían citarse, tenemos estos:

1) La mayoría de los conductores de coches, autobuses y maquinaria pesada de todo tipo son hombres.

2) Los trabajos de vialidad o de carga y descarga de mercadería, los hacen hombres.

3) Los médicos y científicos importantes que suelen nombrarse o aparecer en televisión son hombres.

4) Los peores monstruos de la pantalla y la literatura infantil son hombres.

5) Los militares, policías, pilotos de aeronaves y buques, empresarios, etc., son hombres (las pocas mujeres que toman parte no logran impresionar al mismo nivel).

6) Los hombres tienen o manejan mucho dinero, asociaciones, instituciones, hacen negocios y hablan de ello, etc.

De esta manera precaria se reafirma en la infante la sensación de que lo femenino y lo masculino son mundos diametralmente opuestos, espacios con ocupaciones, responsabilidades e intereses distintos,

vinculados en exclusiva a uno u otro sexo.

(6)

Llegada la pubertad, la niña ha sido encaminada lo suficiente como para comportarse correctamente frente a los requerimientos sociales mas variados, y con enorme ventaja respecto del varón.

Ya se le ha “explicado” cuidadosamente que, sexualmente, los hombres se excitan con mucha facilidad (por tanto, la mujer no) y que intentarán lo que sea para satisfacer sus deseos; que únicamente les interesa “eso” y que para conseguirlo recurren incluso a la mentira (en función de desvalorizarlo y negarle naturalidad, lo cual de no hacerse lo convertiría en algo presentable, el deseo masculino es expuesto como villano).

A todo esto, por si el temor, la repulsión y la desconfianza infundida no fueran suficientes, se le hace saber que cuando una mujer tiene relaciones sexuales siempre estará presente el riesgo de que hablen mal de ella (reputación) o el de quedar embarazada, cuando no el de contraer “una mala enfermedad”.

También se le da cuenta de que los hombres con quienes se relacione habitualmente querrán hacerse cargo de cubrir sus necesidades, y se les advierte además que, con tacto e inteligencia, son -aunque algo toscos e infantiles-, fáciles de manejar (el “tú puedes” trabajando como un “tú debes”).

Todo el conjunto genera una desazón más específica sobre sus genitales y lo masculino, lo cual no obsta para que, aun difusamente y desde lo cultural, por primera vez y para siempre aparezca la responsabilidad de vigilar, cuidar y “administrar bien” su sexualidad.

Ella comienza entonces a valorar sus genitales y el busto con cierta sorpresa y poca convicción, pero sin sentir el orgullo que experimenta el varón respecto de su pene, sino como consecuencia de imaginar una demanda potencial plagada de beneficios, aventuras y “peligros”.

Pronto, al comenzar a sentirse atraída por lo masculino y considerando que, según se le ha dicho, “los varones solo se interesan por eso” (véase que la palabra “también” siempre se excluye), un razonamiento simple la hará pensar que ellos no la tienen en cuenta como debieran. No obstante tal desagradable idea primará en ella la convicción de que, mientras pueda lograr que la demanda que suscita se cumpla y mantenga, todo otro aprendizaje que distraiga su tiempo o entorpezca el perfeccionamiento al que aspira tendrá un

valor relativo o nulo. Son los prolegómenos del egocentrismo y la frivolidad femenina, y del desprecio con el que, en la vida adulta, a menudo tratará a aquellos hombres a quienes haya podido interesar.

Egocéntrico - Quien se considera el centro de la atención y de la actividad generales.

Frívolo - Superficial, ligero, de poca importancia.

A todo esto es pertinente acotar que, con el correr de los años, la viciada educación que recibe la niña y luego la púber respecto de su sexualidad acaba mistificando su significado y condicionando la experiencia de la misma a una serie de requisitos ligados a fantasías, necesidades y cuidados muy alejados de la verdadera naturaleza del apetito sexual: la simplicidad y la espontaneidad.

La lógica, y -por sus educadores bien sabida- prolongada ausencia de tales requisitos (el príncipe azul que no llega) durante sus primeros años de fertilidad esconde, no solo el propósito de obligarla a postergar su actividad sexual y evitarle posibles embarazos que comprometan su futuro económico y social, sino también el deseo de ganar tiempo para poder educarla en el sentido de la conveniencia. Es una manera de cimentar su autocontrol para, en un futuro, preservarla de ceder con facilidad a sus impulsos, provocando así que, como un todo, entienda que su sexualidad no solo es algo especial sino que posee un valor mayor y muy superior al que puede percibir en ese momento.

Pensar esto, sentir la responsabilidad y el orgullo de estar a cargo de ello hasta asociar el conjunto de significados y expectativas a la idea de que algo tan valioso no puede simplemente entregarse sin contraprestación adjunta (regalarse), es la primera actitud que a partir de ese momento transformará su sexualidad en un bien de cambio (lo cultural de su sexualidad).

Nota

El percibir su disposición sexual como un bien de cambio es lo que, en algún momento de su vida, le permitirá “agradecer en especias”, y sin por ello sentirse mal, el afecto, las ventajas o la atención que le depare un varón dado.

El apetito sexual se convierte así en un elemento contraproducente y, por qué no, traidor a sus intereses, porque tal comprensión del mismo remite su naturaleza a un plano inferior y secundario; secundariedad que, entre otras causalidades que aparecerán durante el aprendizaje, le hará sufrir una insatisfacción sexual permanente como algo medianamente soportable cuando no normal o, en casos extremos, hasta como una muestra de decencia, pudor e inteligencia.

De hecho, a través de los condicionamientos emocionales desarrollados en torno al discurso y figuras paternas, puede darse el caso de que llegue a asociar el goce con una negación de los padres; esto es, con un renunciamiento a parte fundante de su propia identidad; sentimiento que, por ser tremendamente autodestructivo (angustioso), su inconsciente habrá de impedir negándole la posibilidad de experimentar placer (el mal menor).

De interés

Como algunos de estos mensajes que asocian entrega sexual de la mujer con pérdida de valor o daño también jaquean la conciencia del varón, es común que él tienda a considerarse en deuda con todas las que duerman con él, y si se tratara de una virgen hasta puede llegar a rechazar una propuesta suya por no sentirse a la altura de la responsabilidad que siente debería asumir de ahí en adelante.

A menudo el hombre desconoce que cuando una mujer está dispuesta a perder su virginidad lo único que le importa es que ello ocurra; y no es extraño que, individuos que en su oportunidad fueran demasiado éticos, generen diversos grados de animosidad en aquellas que, alguna vez, les buscaran para iniciarse en la vida sexual.

Muchas veces, pasados los años y para sorpresa de muchos satisfechos de haberse comportado noblemente, ellas les recriminarán el no haber actuado como esperaban.

(7)

En otro orden de cosas, y a medida que logra sobreponerse a la incomodidad que en un comienzo representa el desarrollarse y volverse objeto de deseo, la certeza de poseer algo a lo que se le reconoce un gran poder, naturalmente la invita a investigar cuáles son sus límites. Comienza entonces a ensayar una seducción sin consecuencias (sin práctica sexual) a través de la cual adquirirá conocimientos suficientes para que, cuando sí estén en juego intereses personales profundos e importantes, pueda comportarse con una solvencia tal que, aunque en el mediano plazo no logre sostenerse, al menos al principio le permita asegurar una importante posición dentro de la pareja.

Sin embargo, ella no es absolutamente consciente de todos los porqués de lo que ocurre, y a menudo no llega siquiera a suponer que su proceder general pueda ser discutible, vil, incorrecto o hasta perverso. Por el contrario, los mayores, sabiendo que no pueden prohibirle todo, la alientan a coquetear en un sentido casi deportivo. Sus desplantes, entonces, serán aplaudidos como éxitos, su timidez como virtud, y su

abuso como una respuesta a los “siempre desconsiderados y egoístas” apetitos masculinos.

Más adelante, sospechando que puede hacer y deshacer a su antojo en relación a los hombres le será en extremo difícil acercarse a uno con el que pueda formar una pareja que verdaderamente la satisfaga porque, en realidad, no ha tenido experiencias con hombres sino con muchachos que solo le parecieron adultos. Es así como, llegado el momento de conocer un varón psicológicamente maduro no sabrá a qué atenerse ni cómo comportarse porque jamás ha sido verdaderamente exigida como mujer. En estos casos se sentirá insegura y hasta quizá ofendida, y a menudo tenderá a buscar refugio en el grupo social que la contiene; comportamiento muy observable entre adolescentes y jóvenes que componen la sociedad femenina de los países llamados “desarrollados”, muy corrompidos por la modernidad.

Al punto es interesante destacar que la inicial e inocente complicidad de la niña con su madre y demás mujeres adultas del entorno, suele ampliarse y prolongarse hasta muy pasada la adolescencia.

Esta complicidad pícaro que normalmente no pasa de ser un juego sin consecuencias, en algunos casos se destaca por la singularidad de estar especialmente dirigida a burlar la autoridad paterna respecto del control que el padre ejerce sobre la actividad socio-sexual de la hija, y que se potencia infinitamente en caso de que, como esposa, la madre se comporte como azote de aquél, ridiculizándolo y haciéndole aparecer como un personaje débil y estúpido.

Cuando esto sucede, y como es de esperar, la joven se volverá susceptible a la idea de que la autoridad y normativa masculinas y, por ende, los hombres en general, son o deben ser engañados por las mujeres que les rodean, aquellas en quienes, paradójicamente, más razones tendrían ellos para confiar.

De sentir que esto es así hasta adoptarlo como una manera normal y previsible de relacionarse con el varón no hay mucho camino; aunque por más éxito que se tenga en la empresa, al final esta producirá más sufrimiento que placer.

- a) El minimizar y desconsiderar a los hombres impedirá respetarlos y disfrutarlos como personas.
- b) Es probable que, de adulta, la joven se incline por quienes ganarán su respeto y aprecio a fuerza de golpes y desatenciones.
- c) Será casi imposible lograr conformar una familia estable y bien avenida.
- d) El desencanto anticipado será la única constante de todas sus relaciones afectivas.

En relación con el tema que nos ocupa es pertinente recordar que, frente a sus progenitores y durante su desarrollo sexual, el varón no necesita mentir, disimular ni ocultarse, para poder ser.

(8)

Ya en otro plano, reconocemos que durante su infancia la niña ha sido animada a disponer de su cuerpo y persona de otra manera, pudiendo expresarse con mayor libertad que el varón.

Así pues, puede bailar, gesticular, cantar, llorar, teatralizar y gritar sin avergonzarse, convencida de que el hacerlo es una suerte de derecho natural suyo y de que, casi sin que importe lo que haga, todos disfrutarán viéndola o escuchándola.

No ocurre algo semejante con el niño, quien es instado a reprimir sus emociones y controlar su conducta so pena de ser ridiculizado públicamente (desprestigio).

En un futuro, esa libertad de que la niña dispone para expresarse y su misma predisposición a hacerlo será malentendida y dará lugar a creer que la mujer es más sensible que el hombre cuando, en realidad, únicamente se trata de que es y acaba siendo más emocional (lo cual incide notablemente para que sea más demostrativa, impresionable y difícil de prever).

Es también el motivo por el cual, aparte de sufrir el estrés más que el varón, es muy propensa a ser influida por quienes actúan en el campo de la magia, el ocultismo, las terapias transpersonales, la psicología y la adivinación, así como por todo aquello que, sin ser entendido como un peligro para su integridad, se imponga a la razón (velocidad, presentaciones de artistas, riñas masculinas, etc.)

Lo cierto es que si la mujer fuera verdaderamente más sensible lo sería solo en el campo que incluye aquello o aquellas actividades, situaciones y personas con las cuales -y por muchas razones- se identifica mucho más que el varón; algo absolutamente comprensible y normal.

Nota

En la niña, además de su condicionamiento natural al respecto, dado que como mujer habrá de poder comprender y comunicarse largamente con infantes, se favorece el ejercicio de lo emocional como algo beneficioso para la futura crianza (compatibilidad).

Todo esto relativo a la expresión de sus emociones es parte de un

aprendizaje diferente al del varón quien, como quedó dicho, es forzado a ser reservado so pena de quedar expuesto a la burla y a la consecuente descalificación social (pérdida de imagen y reconocimiento).

En un todo resulta interesante destacar que la libertad de que dispone la niña para mostrarse, expresarse y, aun más allá de eso, desinteresarse totalmente por los asuntos que mueven el mundo (armamento, técnica, ciencia, política, economía, filosofía, etc.) está, probablemente, asociada a la certeza social de que ella permanecerá al margen de “lo importante” (no se la calificará por lo que tenga o sepa, sino por cómo sea). Si no fuera así se la educaría para que tanto su expresividad e imagen como su intelecto coincidieran de forma tal que, dentro de lo posible (sexualidad y naturaleza femenina de por medio), pudiera competir seria y masivamente por la obtención de aquellas posiciones que movilizan al mundo masculino en torno a importantes áreas del conocimiento, así como del poder económico y político (conducción).

De interés

En otros tiempos o culturas, dado que la mujer se visualizó o visualiza en el ámbito del hogar por la simple razón de casarse a edad joven y luego ser madre de muchos hijos, intentar educarla en otros asuntos se entendió, lógicamente, como un despropósito.

En la mayoría de los casos, esta manera de pensar -que no fue opresión- también se extendió al mundo masculino, algo de lo que, a título de ejemplo, doy cuenta en la siguiente anécdota.

Anécdota

Imposibilitada de continuar haciéndose cargo suyo, la madre de quien luego sería mi abuelo acabó por dejarlo al cuidado de una pariente lejana (algo común en esos tiempos), dueña y administradora de una estancia ubicada en una de las zonas menos desarrolladas del país, Tacuarembó-Uruguay. Allí fue criado sin privilegio alguno junto a los hijos de los demás trabajadores del establecimiento.

Sin padre ni madre presentes, y sin que su persona despertara otras expectativas que las de ser un trabajador rural más, acabó por aprender lo propio del oficio. Sin embargo, como tantas veces me contó, ante su “tía” él siempre insistía en aprender a escribir, leer y hacer cuentas simples, algo que sistemáticamente le fue negado hasta que, a eso de los dieciocho años, decidió que con el poco dinero que recibía por su diario esfuerzo pagaría un maestro que le enseñara esas artes.

Finalmente logró su propósito y, merced a eso, consiguió un trabajo menos sacrificado y mejor remunerado en el “almacén de ramos

generales” del pueblo, siendo que a partir de ese momento no dejó de progresar.

Cuando contaba su historia de vida esta era parte esencial, pero la amargura le volvía una y otra vez al recordar a su “tía” diciéndole con indisimulado desprecio: “Pa’ qué quiere saber leer y escribir, eso es pa’ los doctores” (abogados, médicos y políticos).

Ad hoc - La idea de la educación universal surge con la Revolución francesa, pero no se impondría sino hasta que a los industriales les convino que la población tuviera un mínimo de conocimientos (leer, escribir y hacer cuentas básicas). Hasta entonces la educación estaba reservada a las clases altas, mayormente llevada a cabo por tutores especializados en el área y, por cierto, muy costosos.

De todos modos, para tener una idea de lo simple que en otros tiempos fue lo que se llamó educación basta con referirnos a la palabra “ilustrado”; esto es, una persona ilustrada (educada) era aquella a la que, de la mano de sus maestros, se le habían mostrado ilustraciones (dibujos y pinturas) acompañadas de historias al respecto. Así, cuanto más ilustraciones hubiera visto y más historias hubiera escuchado, más ilustrada era considerada la persona.

De más está decir, creo, que los pobres no podían pagar tutores ni adquirir ilustraciones, y que aquello que las clases menos favorecidas entendieron como educación fue el aprendizaje de un oficio que respondiera a las expectativas que despertaba el sexo y las posibilidades del educando. Así, lo que para el varón bien pudo ser cortapedrero, albañil, carpintero, marinero, etc., para la mujer el oficio fue el de ama de casa, especializándose en diversas áreas o necesidades del hogar si acaso perteneciera a una familia pobre y debiera trabajar fuera (lavandera, costurera, planchadora, zurcidora, partera, ama de leche, etc.).

(9)

Lamentablemente, la educación de la niña es tan insidiosa y hace tanto hincapié en lo ficticio que, llegada a la edad adulta y para su mal, gracias al apoyo adicional que brindan a su ego la naturaleza y educación masculinas, enferma de una importancia imaginaria suele confundir el ser deseada como hembra con el ser deseable como persona, y el ser popular -merced a las expectativas generales que despierte a través de una conducta licenciosa o provocativa- con ser interesante.

Más allá de eso, en casos extremos y verdaderamente despreciables, cuando lo que intentamos es mejorar la convivencia y la comunicación,

nos encontramos con la que se percibe a sí misma como un objeto de lujo cuya única responsabilidad es mantenerse atractiva; personajes para los que formar una pareja estable o una familia no es más que un tonto desperdicio de su tiempo, belleza y ventajas sociales.

Independientemente de su nivel cultural o intelectual, o de su personalidad, muchas de estas mujeres hermosas -y otras que no lo son o no lo son tanto pero que aun así se manejan con gran convicción sobre su supuesto atractivo- están tan consustanciadas con lo femenino, tienen tal conciencia de ello que únicamente reconocen la masculinidad en aquello que, desde su muy ortodoxa comprensión del mundo, aprecian como lo verdaderamente opuesto a lo que ellas sienten que -personalmente y en nombre de la mujer universal- representan.

No es extraño, entonces, que este tipo de individualidad se sienta atraída y a gusto (reconocida/ legitimada) en compañía de hombres considerados poco o nada atractivos, intelectuales, groseros, poderosos, autoritarios, de gran tamaño, desprolijos, peligrosos, prepotentes, muy delgados, comparativamente muy mayores, de gran pene (simbolismo), y hasta con aquellos que las maltratan.

El mismo proxeneta o el “gigoló” que les quita dinero por la fuerza o con buenos modales y apostura pueden asimismo ser -merced a la agresión que socioculturalmente simbolizan tales conductas, y por ello mismo- sentidos como legítimos representantes de lo masculino mayor (poder = liderazgo).

Algunas profesiones muy asociadas a la masculinidad también suelen funcionar como referentes de lo verdaderamente viril (uniformados, deportistas, políticos, cirujanos, etc.).

Este tipo de mujer que durante períodos más bien cortos y a título de conveniencia económica, pasatiempo, consuelo o trampolín social puede acercarse a hombres (“buenos tipos”) que no conciben con sus expectativas más íntimas, no es vulnerable a la bondad, simpatía o servicialidad de ninguno de ellos; por lo que no les será dado hacerla sentirse tan femenina y hembra como se piensa a sí misma (“Los buenos tipos llegan últimos”, señala un dicho femenino irlandés).

Como señalara, sucede que al tener como referentes masculinos ciertos, estereotipos muy marcados, estos serán los únicos que le permitirán vivir o fantasear con la idea de encontrarse sometida... para así sentirse “libre”, para poder ser, para que “el mundo esté en orden” (al decir de muchas, los únicos hombres que las entienden y hacen sentir plenas).

En general me atrevo a afirmar que toda mujer busca y disfruta

muchísimo con la compañía de tales individuos, siendo que, básicamente, la diferencia entre unas y otras estaría dada solo por su gusto y nivel de exigencia, y esto último por la confianza que cada una de ellas tenga en sí misma como representante de lo femenino más auténtico.

(10)

A todo ello, por el hecho de que su educación general le hace “saber” que posee información clasificada sobre el varón y sus intereses más obvios, más un poder adicional (sexual y emotivo) con el que casi siempre podrá manejar cualquier situación relativa a una relación con él, consciente e inconscientemente estará predispuesta para intentar imponérsele (al relacionarse con alguien del sexo opuesto tenderá a subestimarlo por entenderlo como alguien emocionalmente simple y fácilmente manipulable). Esto se da al punto de sentir que, de acuerdo con lo que le ha permitido suponer el mundo y aquellas mujeres que estuvieron a su alrededor hasta la adolescencia, ello incluye el deber de intervenir directamente sobre su comportamiento, así como sobre gran parte de su decisiones personales, y hasta, ¿por qué no?, decidir por él (según un lenguaje femenino ofensivo y burlesco, a esto se le llama amaestrar, educar, domar, domesticar al hombre).

Esta pretensión solapada no es automática ni instantánea, sino que aparece aquí y allá variando en intensidad según el grado de involucramiento y expectativas que proponga el devenir de la relación.

De cualquier modo, es procedente señalar que para toda mujer resulta muy conflictivo el hecho de reconocer que no puede influir con determinación en su pareja (esto le genera inseguridad y confusión).

En este y algunos otros aspectos, la educación de la niña no hace más que recoger y adecuar a su campo social lo práctico de la naturaleza femenina, en cuanto a que, como animal, para la hembra lo más importante es ella, reproducirse y cuidar por el desarrollo y supervivencia de las crías que trae al mundo.

Esta es la razón biológica por la que, básicamente, en relación con el hombre con quien comparta o pueda llegar a compartir su intimidad, la ética de su comportamiento será siempre una consideración de segundo orden.

Lo no convencional

Si bien la educación inicial que recibe la niña básicamente no

ha variado respecto de otras épocas, dentro de la clase media y en una sociedad de consumo sí se han incluido algunas novedades interesantes relativas a su desempeño individual, íntimo y social; directivas destinadas a flexibilizar su conducta, intereses, proyectos, actitudes, etc.

Sin entrar aún en detalles sobre su verdadero origen y razón, digamos simplemente que dichas directivas son ideológicamente moldeadas, difundidas y monitoreadas desde los medios de comunicación y las instituciones del Estado para ser finalmente recogidas por el discurso de los padres.

Estos, a su vez, las transmitirán a sus hijas quienes, gradualmente, serán intelectual y emocionalmente condicionadas para entenderlas como deseos y necesidades propias, o como “lo que debiera ser”, “lo que está bien visto”, “lo socialmente aceptable”.

A grandes rasgos, la mujer de la modernidad comienza entonces a ser adicionalmente educada e influida para avergonzarse de sus expectativas tradicionales, para negar o intentar silenciar sus mandatos naturales, para pensar en autofinanciarse y financiar a sus hijos sin ayuda de un hombre, y para creer que siempre podrá, preferirá y disfrutará haciendo tal.

Aquella que desee para sí una vida tradicional será acusada de no tener ambiciones (tal argumentación, tan idiota como malintencionada, ha sido sistemáticamente impulsada por el feminismo y los medios).

Al punto interesa señalar que a las chicas de las clases altas se las educa para ser esposas de hombres importantes, esto es, se entiende que el discurso de la modernidad es solo un montón de patrañas destinado a la clase media y baja, *“a los pobres, a los que no son como uno”*.

Este modernismo, basado en la imposición de un deseo (manipulación) en derredor de una posible y futura independencia económica que resulta totalmente contradictoria con su educación primaria y el imaginario de la infancia (princesa, madre múltiple y ama de casa), automáticamente produce, ante ella misma y junto al dolor que causa la pérdida de una ilusión, una importante devaluación de su prestación sexual y su compañía como moneda de cambio.

Esto es lógico que suceda, puesto que, luego de haber sido captada por el discurso oficial la pregunta que surge es sumamente razonable: “Si en el futuro debo mantenerme por mis propios medios, ¿qué sentido puede tener observar ciertas normas y reglas de conducta que, en definitiva, aunque antes hayan tenido una importante función en la

medida de inducir a los hombres a hacerse cargo del bienestar de la mujer, en mi caso, hoy, aparentemente no aportarían nada por lo que valiese la pena tenerlas en cuenta?”

Comentario

Parece ser que, a pesar de los salarios más o menos paupérrimos a los que está condenado casi todo aquel que trabaja como empleado, ninguna se ha dado cuenta de que para sentirse querida y necesitada, para tener una familia, un techo digno, darles buena educación a los hijos, alimentarles y vestirles apropiadamente, asociarse con un hombre sigue siendo algo absolutamente necesario.

Es así como, desde el momento en que esa prestación pierde parte de su tradicional valor especulativo, devaluándose, la mujer podrá concederse mayores libertades respecto de su vida social y sexual; lo que por cierto ocurre.

En segunda instancia, su moderna convicción de que no podrá, querrá o deberá formar una familia hasta bastante entrada en la madurez (si acaso), la lleva a pensar que actuar conservadoramente durante tanto tiempo es, sin dudas, un sinsentido que no puede darse el lujo de permitirse y que sus progenitores, por lógica, tampoco habrán de exigirle más allá de cierta edad.

El resultado final es que, ya desde la pubertad, ella lentamente comienza a amigarse intelectual y emocionalmente con su propia sexualidad (desmitificar su importancia) y, por consiguiente, con la de los hombres. Tal predisposición puede llegar a hacerla sentir obligada a sobre actuar la liberalidad hasta provocar en ellos cierta incomodidad e incluso rechazo ya que, a pesar de lo que le hayan podido decir, el varón no está ni puede estar preparado para disfrutar el relacionarse sexual y socialmente con la mujer desde una posición de igual a igual ni de menor a mayor porque, entre otras dificultades e imposibilidades paralelas de las que daré cuenta en capítulos futuros, todos ellos creen en, y esperan a su Blancanieves (el ideal de mujer y situación, esto es, una mujer tradicional).

Personalmente, aunque creo que lo hago en nombre de todos los hombres, defino a Blancanieves como aquella mujer que, ni privada ni públicamente, a uno le avergüenza.

Nota

El varón no solo no recibe una educación que en verdad convalide el comportamiento socio-sexual de la mujer actual, sino que además, y por la propia naturaleza de nuestra especie, íntimamente ni siquiera ella puede hacerlo (tanto la hembra como el macho “saben” que

debe haber un líder, y entienden que únicamente el varón puede cumplimentar el liderazgo).

(2)

Parte de lo que sucede con la mujer en una sociedad llevada al consumo compulsivo y hasta que triunfe o despierte en su interior la urgencia de una pareja estable y con hijos (formal), ella no estará ni se sentirá particularmente motivada a especular con su sexualidad o con la compañía que ciertamente sabe puede brindarle al varón para atraerlo, retenerlo e involucrarlo en un proyecto personal a fin de cumplir con aquellas metas que han sido disfrazadas, negadas, maquilladas y postergadas por tanto tiempo.

La contraparte es que, para entonces, la gran disposición sexual de mujeres más jóvenes que piensan e interpretan el mundo como ella hiciera años atrás, a las que se sumarán muchas otras de su misma edad que intentan desesperadamente encontrar un camino para rehacer un mínimo de sus vidas, harán mucho más difícil motivar o presionar a un varón con estas solas herramientas (sexualidad y compañía). En consecuencia, tanto la confianza como las promesas de realización y plenitud que instalaron en ella los ideólogos de la modernidad pronto comienzan a desvanecerse en la certeza de un futuro de mujer sola, entrada en años y sin hijos, o con uno propio y muy a menudo sin padre que, casi indefectiblemente, habrá de ser criado y educado por gente extraña (llegado este punto le será muy difícil encontrar una pareja estable porque son muy pocos los hombres que desearán hacerse cargo de hijos ajenos).

A medio camino de esta toma de conciencia, muchas son las que, a modo de reafirmación y gratificación cuasi póstuma, en vista de que el presente no avala lo que les han hecho creer y de que el futuro es aún menos prometedor, deciden ser madres a como dé lugar y con quien más tengan a mano; son los hijos de la modernidad.

Si aún fuera joven, ante la ausencia de hijos propios y hasta de la perspectiva de engendrar en un plazo razonable, la presión que ejercerá sobre ella el instinto materno, muy a menudo, a modo de consuelo, la moverá a ocuparse de niños ajenos, animalitos domésticos, y/o a unirse a hombres insatisfactorios (aniñados, de poca personalidad, etc). También comenzará a sentirse conmovida por cualquier objeto asociable a un bebé.

Así, de la mano de un desastre anunciado como éxito en su

prepubertad, adolescencia y primera juventud, y del que ciertamente no desea sentirse en nada responsable ni admitir que fue engañada, aquellos hombres a los que hasta entonces había entrevistado casi como pares amistosos y bien dispuestos, al no desearla ni apreciarla como ella alguna vez supuso que siempre sucedería vuelven a ser percibidos como malos y abusivos.

Es también muy probable que, perseguida por culpas relacionadas con su comportamiento socio-sexual adhiriera tardíamente al feminismo en un intento por justificarse y disipar angustias, merced a presentar su conducta promiscua y/o bisexual como producto de una actitud política aparentemente aceptable, algo que, por cierto, y como cualquiera en esa situación habrá podido verificar, no endulzará en nada las acusaciones que llegan desde el subconsciente y lo inconsciente, haciéndola sentir, eso sí, aún más sola que antes.

El resentimiento, el cinismo, la hipocresía y tal vez la vulgaridad harán nido en su conducta y su discurso, y es probable que, entrada en años, habiéndosele “pasado el arroz”, o casi (tiempo de engendrar) y sabiendo que no puede competir con sus pares más jóvenes, pretenda demostrar no haber fracasado como mujer sino ser diferente o superior a las demás, iniciando relaciones con hombres considerablemente menores que ella (a pesar de los esfuerzos por justificar su conducta, esto no la salvará del ridículo).

La frustración alimentará su sentido de la practicidad y, acuciada por la soledad que la rodea, ya no buscará parejas a quienes amar y por quienes ser amada sino, simplemente, con quienes estar, llenar las horas, espantar la vejez y salvar un poco de autoestima e imagen pública.

(3)

Retomando, a raíz de una situación aparentemente carente de urgencias naturales y sociales inmediatas (hijos, familia), su consiguiente disposición para llevar una vida sexual más afín a sus apetitos naturales actúa en contra de la “mística” de su feminidad, y es entonces no ya solo su sexualidad sino también ella misma quien comienza a perder valor ante los hombres, los que, en consiguiente, demostrarán menor o muy condicional interés por su compañía tornándose a menudo “intolerable e inusualmente” selectivos y distantes.

Sucede que con la modernidad el varón es permanentemente defraudado en su buena fe porque, lo que su inconsciente le impone creer, lo que lo cultural le permite continuar creyendo sobre lo femenino

y lo que, en razón de ello, siente respecto de la mujer, no coincide con la realidad que le toca vivir. En consecuencia, paralelamente al desinterés que despierta “lo falso con sabor a traición”, prácticamente cada uno de ellos comienza a acumular una suerte de indefinible desprecio hacia lo que la mujer representa o podría significar como parte de su futuro personal y, como es previsible, sus actitudes habrán de tornarse adicional y especialmente desaprensivas, a veces violentas o faltas de deseo en todas las variantes que conciernen a una relación (esto se hace especialmente presente en una disminución del rendimiento sexual, o cuando deben decidir si asumir compromisos de fondo con personajes femeninos que, como pueden percibir y experimentar, “no son lo que deben ser”).

Que la mujer se comporte en oposición a lo que él más da por cierto, negándole además el lugar social que naturalmente le pertenece, se transforma en una agresión directa a la generalidad de su identidad masculina, acción que únicamente encontraría parangón en el caso de que a la mujer se la destrata como persona, prohibiéndosele o recriminándosele el desear ser o actuar como madre.

Anécdota

Una tarde del año 2000 (Argentina) mi madre se encontraba platicando con Dora, una señora de extracción humilde que, también muy entrada en años, dos veces por semana la ayudaba con la limpieza de la casa.

Debo señalar que acababa de finalizar un barato programa de televisión dedicado a exponer a las mujeres como víctimas de los hombres, y mi madre, ya viuda, estaba aún muy excitada por los exabruptos, chillidos, risas, proclamas y tonterías de las concurrentes y conductoras de turno.

Al momento, Dora, casada hacía ya treinta años, relataba las vicisitudes de su vida diaria, pormenorizando todo lo que aún debía hacer al llegar a su casa.

Tras escucharla atentamente, mi madre, una mujer sumamente tradicional pero revolucionada por aquel programa de la tarde, se atrevió a preguntarle por qué se preocupaba tanto por el marido, y si él no podía cocinarse o lavar y planchar su propia ropa.

Sin exaltarse, sin modificar el tono de voz, sin saber nada científico acerca de los condicionamientos emocionales del varón, sin falso orgullo y sin dar ningún crédito a lo que había sido dicho en el programa televisivo, la respuesta de Dora no se dejó esperar y acabó abruptamente con la recién comenzada conversación convocando al más reflexivo de los silencios. Con una sabiduría, sencillez y sentido

de la realidad que abrumó a mi madre y hablando ya no en su nombre sino en nombre de todas las mujeres, dijo: “Pero... si no nos ocupamos de ellos, ¿cómo vamos a hacer para que nos quieran?”

Sorprendido por su inteligencia, sinceridad, sencillez y capacidad de síntesis sonreí y la felicité, aplaudiendo sonoramente. Precisamente, yo estaba escribiendo sobre el tema y meditando, además, sobre el hecho de que nadie puede ser feliz a costa de la felicidad de quienes le rodean.

En relación con una pareja dada, el sentirse único e importante es lo que, finalmente, justifica el esfuerzo de un hombre por protegerla y producir más de lo que necesitaría para sí mismo.

Quien a uno le reconoce por lo que uno mismo siente que es merece respeto, consideración y afecto.

Palabras finales

A la mujer, y como durante todos esos años a que hago referencia (juventud) la elección de una pareja ya no estará condicionada por la obligación de formalizar una relación de gran compromiso, esto le abre un abanico de posibilidades desconocidas por generaciones anteriores a la década de 1960. Me refiero a que, en esos años, su vincularse con un varón no estará ya por fuerza reducido a un modelo de edad y posición social determinada (capaz de mantenerla de por vida), sino al que verdadera y ocasionalmente la atraiga. A esto puede agregarse que, como la virginidad ya no representa nada demasiado valioso sino que más bien se ha transformado en algo un tanto irritante, tampoco deberá por fuerza ser un hombre en particular sino, llegado el caso, tantos como esté dispuesta a conocer.

A la vez, desde la confusión y hasta desde la ingenuidad, entenderá que la aceptación de su nueva conducta sexual y social por parte de los hombres es real, cuando en verdad la actitud de ellos apenas refleja un situarse al margen de acontecimientos que repudian pero contra los que no se sienten capaces de actuar o argumentar con propiedad.

Afectados además por una gran desilusión y resentimiento generales, este situarse al margen que muchos practican es también una manera cómoda de vivir evitando exponerse al rechazo femenino, por lo que, para muchos y como me consta, lo más común para tratar de seducir a una mujer es negar toda aspiración de liderazgo (masculinidad), manteniéndola en secreto para darla a conocer y defenderla si llegara una verdadera oportunidad de practicarla: esto es, trabajo seguro

y bien remunerado en conjunción con una mujer que responde al imaginario masculino, una mujer tradicional.

En líneas generales, el varón comienza entonces a actuar maquiavélicamente. Por un lado apoya discursivamente a la mujer “emancipada”, para -sin necesidad de comprometerse en nada con ella ni deber reconocerse como un infeliz- poder disfrutar de su compañía y sexualidad negando ex profeso aspiraciones de liderazgo y diciendo reconocerla como a un igual mientras, por otro lado (íntimamente), la descalifica y desprecia por todo aquello que él considera como una actitud frívola, grosera y abusiva, en abierta contradicción con la imagen que desde su infancia se ha forjado de la mujer universal y que, sin más, es la que responde a sus verdaderos intereses y sensibilidad.

En medio de todo esto debe recordarse y tenerse en cuenta que, aunque sea mayormente transmitida por modelos artificiales (artistas, comunicadores sociales, etc.), la propaganda que invita a las muchachas a comportarse de acuerdo con ciertas expresas pautas de conducta es subvencionada por fundaciones e importantes empresas (Poder), y a veces por el propio Estado, tal la publicidad del correo español vista en noviembre de 2006, en la que se muestra una mujer joven y bonita, de mirada pícaro y rostro semicubierto mientras, debajo, se puede leer: “Descubre las ventajas de tener otra dirección postal”.

El diario “El País, por su parte, también español, publicaría, a su vez, una revista dominical (“El país semanal”, número 1.573) en la que, con el título de “Universo Femenino” y en nombre de un artista que pretende homenajear a la mujer, muestra en su tapa a dos lesbianas de pié, acariciándose.

Llamada

Recuérdese que tanto la ley como el poder se representan en el varón; lo que para la mujer, y por extensión, habiendo sido captada su mente por imágenes y discursos “progresistas” especialmente diseñados para ella desde lo masculino mayor significa, desde el error, que sí está recibiendo mayoritario apoyo masculino, por lo que cuestionarse una u otra actitud moderna carece de sentido práctico.

De esta forma, su incomprensión de la realidad queda asegurada, y lo que no concuerde con la misma será simplemente tildado de “machista”, un adjetivo simple y descalificante puesto a disposición de las mayorías en la intención de sustituir de un plumazo el, para el poder, inconveniente análisis que ante la necesidad que plantea todo conflicto de magnitud, podría llevar a cabo la razón.

Así las cosas, por obra y gracia de un adjetivo calificativo de mucha

sonoridad se logra perpetuar la ignorancia fomentando la convicción-sensación de que informarse no es necesario porque ya todo se sabe y está resuelto. Hombre o mujer, quien discrepe será alguien equivocado o simplemente malo.

Me parece interesante destacar que, marcadas a fuego por el abandono moral y afectivo que sufrieran desde la infancia, y tras comprobar el fracaso afectivo, sexual y social puesto en evidencia por su propias madres o por mujeres cercanas a los treinta años, muchas jóvenes han comenzado a descreer absolutamente del discurso oficial, y si algunas de mayor edad -que no son tontas- eventualmente lo defienden es porque ello les permite una salida airosa a la hora de explicar por qué es que aún no tienen hijos, o por qué no han conseguido una pareja estable.

Al decir de Bertica, una amiga salvadoreña de 26 años -felizmente casada y madre de dos hijos-, en respuesta a las habituales lamentaciones de una francesa conocida nuestra con quien momentos antes compartiéramos un café: “Siempre andan quejándose de los hombres y de lo difícil que es encontrar uno que las quiera y valga la pena, pero si fueran más femeninas y se portaran bien ya habrían conseguido marido hace rato”.

LA MUJER ORGÁSMICA

Quando el orgasmo femenino deja de ser una posibilidad para transformarse en una obligación.

Acorde al discurso de la época, la incapacidad o dificultad orgásmica de buena parte de la población femenina (entre el 60% y el 70%), que es una cifra cierta, es producto casi exclusivo de lo cultural. Sin embargo, según se deduce de las bravatas lésbicas y feministas, de lo aportado por fundaciones de muy dudosa limpieza científica, de medios de prensa interesados y de empresas dedicadas a la venta de juguetes sexuales o indumentaria erótica, tal contrariedad ha sido superada, tanto que ya es común escuchar hablar de mujeres multiorgásmicas en un sentido que lleva a pensar que, no solo es algo ampliamente difundido, sino que puede ser experimentado por toda

la que se lo proponga.

Así las cosas y durante las últimas décadas, a la población femenina le han sido “metidas” varias cosas en la cabeza, entre otras: 1) La obligación de tener orgasmos. 2) El deber de demostrar que, sexualmente, la mujer puede ser tan compulsiva como el varón. 3) Que quien no modifica su actitud “pacata” es porque no quiere (antigua, tonta, etc.) y no porque no puede.

También las historias sobre el punto “G” y otros (cada vez son más) han hecho estragos sobre las expectativas sexuales femeninas ocultando que, en realidad, las zonas erógenas de la mujer varían de una a otra, y que es inútil buscar lo que aún no se encontró porque, evidentemente, eso demuestra que no está.

A esto se suma la permanente promoción de personajes femeninos “liberados”, así como una pléyade de comentarios y artículos que, como un todo, están diseñados para imponer a la mujer de nuestros días una manera de pensar y de vivir que, sin embargo, contradice lo que la mayoría siente o es capaz de sentir en la intimidad.

Lo cierto es que todo esto ha conspirado para que un 70% esté convencido de que el resto de sus congéneres tiene una vida sexual liberada y muy satisfactoria, por lo que, al compararse con ellas, tienden a sentirse mal. Otras muchas, influenciadas por los estereotipos difundidos por la prensa ya piensan que son directamente anormales, y algunas cuya inteligencia no deseo calificar, llevadas por el discurso complaciente de profesionales dedicados a la cirugía cosmética, han comenzado a relacionar su “torpeza” orgásmica ¡con el hecho de no tener los labios vaginales parejos!

Citando a Anne Steiger: “Consultadas respecto de su postura respecto de la sexualidad, más de un 80% de las mujeres no responde con verdad sino acorde a lo que se espera, y hasta utilizan el lenguaje que se usa en las revistas, esto es; que la sexualidad es indispensable y muy importante para el equilibrio personal.”

Dado que el tema de la sexualidad femenina es tocado lo suficiente a lo largo de esta obra, entiendo que lo expuesto no ha de entenderse más que como una breve reseña; un llamado de atención, si así se quiere.

Quizá no se espante, pero seguro se indignará

Como complemento de mi trabajo respecto de este y otros asuntos

que hacen a la manipulación de la conciencia pública, en nuestro caso la conciencia femenina, recomendando la lectura del discreto aunque revelador libro de Anne Steiger: “La vie sexuelle de les Magazines. Comment la presse manipule notre libido et ces des ados” (La vida sexual de las revistas. Cómo la prensa manipula nuestra libido y la de los adolescentes).

Editorial Michelin, año 2006, Francia.

Aparte de confirmar lo que Steiger relata sobre el particular (hasta el mismo cinismo de que da cuenta), de lo que he recogido yo mismo puedo agregar: encuestas tendenciosas o falseadas, entrevistas retocadas, investigaciones supuestas o llevadas a cabo por asociaciones, grupos y fundaciones de poca o ninguna credibilidad, declaraciones interesadas, pagas o forzadas por el periodista de turno, artículos y comentarios “de lectura obligada”, etc.

Sin consideración alguna por el mal que causa la enorme mayoría de estos artículos y charlas, entre lo que se encuentra el que muchachas muy jóvenes vean su desarrollo socio-sexual y emocional seriamente afectado tras haber sido inducidas a hacer experiencias de todo tenor porque “se dice que está de moda y es lo que se espera de mí”, estas revistas continúan haciendo su agosto de la frustración sexual, afectiva y social que planea sobre buena parte del público femenino. Dicha insatisfacción, que publicación tras publicación y título tras título la misma redacción se encarga de sembrar porque: ¿si no hubiera mujeres insatisfechas quien compraría la revista?, y si nadie compra la revista ¿quién va a pagar por anunciar sus productos o vender una terapia que “resuelva la situación”?, es lo que sostiene todo lo que se ofrece, sea esto ideológico, psicológico, quirúrgico o material.

De las palabras de la autora: “Los periodistas como yo (renombrados) pueden decretar que el “poliamor” está de moda simplemente porque les gustaría hacerse a la vecina/vecino y, de paso, crear una tendencia, porque si el periodista lo cita el concepto toma vida. Luego, si dos o tres emisoras de radio o televisión repiquetean lo dicho desde otro ángulo, la idea se transformará, verdaderamente, en “los aires del nuestro tiempo”. Así, con un poco de trabajo de lobby podré, ciertamente, vender mi filosofía poliamorosa”.

Anne Steiger cursó historia en la Universidad de la Sorbona (París), fue periodista del famoso mensuario francés “Le canard enchaîné”

(El pato encadenado) y columnista de muchas publicaciones pensadas para la mujer, en particular “Cosmopolitan”, que fue la primera en hablar crudamente de sexo (04.1965).

La que en aquel entonces se hizo cargo de Cosmopolitan fue la estadounidense Helene Gurley Brown, quien tres años antes había publicado “*Sex & the Single Girl*” (*Sexo y la chica soltera*), que sería el antecesor de la serie “*Sex & the City*” (*Sexo y la ciudad*).

El trabajo da cuenta de cómo las revistas dedicadas a la mujer (en general) fomentan necesidades y creencias de corte social, físico y sexual. En particular, refiere a “Marie Clare”, “Vingt ans” (Veinte años), “Jeune et Jolie” (Joven y contenta), “Girls” (Chicas), “Glamour”, “Miss” (Señorita), “Vogue”, “Vanity Fair”, “Elle” (Ella), etc.

Fácil de leer, llamativamente, su reveladora obra (06.06), que incluye cartas de lectores y conversaciones con los responsables de la redacción de una y otra publicación (07.06) aún (07.08) no ha sido traducida a otros idiomas. Tal y como sucede con muchos trabajos de divulgación, parecería que hay demasiados interesados en que usted no lea lo que Steiger, credenciales mediante, denuncia.

Ad Hoc - Según investigadores de la Universidad hebraica de Jerusalén, tanto la ausencia de deseo como uno muy disminuido se debe a la variación de un gen (DRD4) compartido por el 60 % de las mujeres (L'Express, Francia, 22. 05. 2008).